

XLVII

¿QUIEN SOY?

¿Pero cuál es mi destino? ¿Qué soy?

Ahora que he rehecho y recobrado mis fuerzas y mi desesperada exaltación, no puedo inspirarme en razones extrañas ni encomendarme a fantasmas exteriores a mí. Todos los dioses sacros y profanos, asiáticos y europeos, han corrido a esconderse. No hay ningún dios ante mí. He vuelto a poner mi causa en la nada como el Único feroz. El universo está dividido en dos partes: yo y el resto.

Ahora, este mi germen interior debe dar vida a todo, debe animar y transmutar lo que me circunda, debe ayudarme a tolerarlo. En esta última y decisiva guerra no puedo tener aliados. Si la muerte sobreviene y no se detiene ante mí, quiere decirse que soy un trapo, que se bamboleará y se deshará en el macero ilimitado de la inutilidad.

A nosotros dos, pues, universo enemigo. Me he alzado en pie con trabajo, todo dolorido de las caídas, pero siempre derecho de cintura para arriba, dispuesto para el desafío, dispuesto a escupir sobre este círculo, donde los blandos Abeles sumen sin misericordia a los Caínes que no obedecen a las invisibles codicias de la especie. Dura cosa es la vida egoísta, sin apoyos de amistosos muros, sin calma de enseñadas, sin ofreci-

miento de manos cálidas, de cordialidad. Pero yo no busco bastones para sostenerme, sino para dar palos, y cuando me siento demasiado débil me encierro conmigo mismo y, antes de verter lágrimas de amor ante quien desprecio y me desprecia, me divierto en ultrajar en mi persona a la raza entera de los hombres. ¡Al diablo también el amor debilitante!

¿Quién soy, pues? ¿Cuál es este capital completamente mío, de nadie heredado, a nadie robado, ganado céntimo a céntimo en las fábricas de la experiencia, con los trabajos de mi alma, y que ahora constituye mi único tesoro, toda mi poca potencia, el verdadero yo, en suma?

Muchos han intentado definirme, describirme, limitarme — amigos y enemigos. — He escuchado, he callado, he sonreído. Llegado a la mitad de la vida posible, después de varias pruebas y un larga cuarentena de soledades, creo conocerme mejor que los demás.

Yo no soy un hombre de acción, y no soy un filósofo. Me gusta la historia, pero no seré nunca ministro; me atraen las teorías, pero no haré nunca un sistema. No soy ni un comerciante ni un santo. Deseo el dinero por la libertad, pero no tengo el valor de dejar el resto por hacerlo a cualquier costa; envidio a los grandes renunciadores, pero no creo en los dioses y en los paraísos. Hay en mí dos actitudes únicamente que puedan interesar a los demás, en medio de todo el amontonamiento de salud y de enfermedad, de filisteísmo y de maldad, que me interesa a mí tan sólo.

Yo soy, para decirlo todo en dos palabras, un poeta y un destructor, un fantástico y un escéptico, un lírico y un cínico. Sería hartos largo el describir cómo pueden estar juntas y encontrarse a gusto estas dos almas. Pero éste es verdaderamente el fondo de mi alma.

Yo soy, a veces, un pobre sentimental que se con-

mueve en la noche solitaria, apenas desciende por las persianas cerradas un simple ritmo de baile vienés, desgarrado por un piano; un niño que rebosa ternura al contemplar un pobre cielo compacto, color de niebla, sin el consuelo de una nube negra o blanca; un desgraciado, que puede sentirse lleno de amor por un viejo desconocido, por un amigo muerto, por una flor marchita, por una casa cerrada.

En otros momentos, por el contrario, me convierto en el lobo hobbesiano de colmillos que han menester morder y destrozar. Nada hay para mí sagrado: ni la grandeza de los muertos, ni las glorias cimentadas por los siglos, ni las verdades aseguradas por milenarias experiencias, ni la santidad de las leyes, ni la terribilidad de los códigos, ni los axiomas de la moral, ni los lazos de los más profundos afectos. Quiero volver toda cosa de arriba abajo, revolucionar las creencias, mostrar el reverso feo de toda fachada imponente, las manchas de toda estrella, las razones mezquinas de toda grandeza, los motivos cobardes de toda institución venerada, la ceguera de los sabios, la infamia de los moralistas, la razón de los males, la dulzura del mal, la grandeza de la nada. Me gusta roer, ofender, levantar los velos, desnudar los cadáveres, quitar las caretas. Llego a no tener miedo ni pudor; no respeto a nadie; me siento bien en el tumulto; me complazco en turbar, en asustar, en ser y parecer malo.

Pero después de esta furia devoradora, vuelve a salir el fantástico que imagina historias imposibles, que deforma la realidad, que proyecta en el cómodo espejo de la imaginación sus instintos más malvados, sus deseos más atrevidos; que crea más en grande a los hombres que odia y a los hombres que ama, tomando de la vida misma el apunte real para prolongarlo y agigantarlo en el sueño.

Me asedian entonces las historias absurdas, los pro-

yectos extraños, las aventuras increíbles, los locos y los delincuentes que nunca vivieron y que quieren vivir en mí, los amores ficticios e irracionales, las muertes singulares, increíbles. Estoy obligado a crear un mundo nuevo, que me turba e inquieta a mí mismo en las largas temporadas en que soy, como los demás, burgués y realista; un mundo que tiene en sí fragmentos y luces de profunda verdad, pero que no es el mundo vivo y verdadero que todos creemos conocer. En ese mundo me muevo con entera libertad; doy a mis criaturas el rostro que quiero, las hago hablar a mi manera, las hago vivir para fines que nadie se propone, las hago morir de repente de muerte voluntaria por causas que pareceríanles ridículas a los hombres de carne y hueso.

Yo he permanecido, en suma, siendo *el hombre que acepta el mundo*, y en esta mi actitud obstinada consiste la unidad y la concordia de mis opuestas almas. Yo no quiero aceptar el mundo como es, y por eso intento rehacerlo con la fantasía y cambiarlo con la destrucción. Lo reconstruyo con el arte e intento revolucionarlo con la teoría. Son dos esfuerzos diversos, pero concordes y convergentes.

Así como soy y como permanezco, siento que soy también yo una fuerza creadora y disolvente; siento ser un valor, tener un derecho, una parte, una misión para los hombres. Únicamente los imbéciles, condenados de por vida a la imbecilidad, pueden declararse satisfechos del mundo. Quien intenta moverlo, animarlo, incendiarlo, renovarlo y acrecentarlo, tiene derecho, no al reconocimiento, en que me cisco ahora y siempre, sino a la libertad de hablar y de existir. Todo hombre tiene necesidad, para vivir, de no creerse totalmente inútil. Yo no pido y no quiero otro apoyo; pero de esta miserable certidumbre tengo necesidad también yo, al par de los débiles. Yo vivo y obro, sa-

biendo que toda mi vida y mi acción se hundirá en la nada; pero quiero que los demás sientan que tengo el derecho de estar entre ellos y ofenderlos, porque hago algo que a ellos puede beneficiarlos.

En un mundo donde todos piensan únicamente en comer y en hacer dinero, en divertirse y en mandar es necesario que haya de cuando en cuando uno que refresque la visión de las cosas, que haga sentir lo extraordinario de las cosas ordinarias, el misterio en la vulgaridad, la belleza en la basura. En medio de una casta amplísima y potentísima de esclavos de la opinión y de la tradición, de pedantes parásitos y sofistas, de predicadores de viejas leyendas, de carceleros de prisiones moralistas y místicas, de papagayos pertinaces de todas las antiguas normas sociales y de todos los lugares comunes, es necesario un despertador nocturno, un guarda de la pura inteligencia, un zapador de buenos músculos, un incendiario de buena voluntad, que quemé y desmantele para hacer sitio a la luz de las plazas, a los árboles de la reconquistada libertad a las construcciones futuras.

Yo soy uno de esos hombres que aceptan el deber más ingrato y la parte más peligrosa. Y por el bien y por el mal que quiero y hago, tengo derecho a respirar, a calentarme, a andar, a levantar la cabeza, a existir en la cara, a existir, según mi ley.

## XI, VIII

### DECLARACION DE ESTILO

Yo no escribo para hacer dinero, no escribo para hacerme bello, no escribo para alcahuetear con las pobres muchachas y con los hombres gordos, no escribo ni siquiera para poner sobre mi negro sombrero de paño la carnavalesca rama de laurel de la fama ciudadana. Escribo únicamente por desahogarme — por desahogarme en el sentido más estercolario que podáis pensar; ¡oh, delicadas imaginaciones de barítonos sueltos! — No digo, fijaos, por “liberarme” como vuestro melencólico héroe epónimo, como el sublime filisteo Goethe Wolfgang, consejero íntimo del duque de Weimar y el alma de los Prometeos rehabilitados.

El se liberaba con las trágicas frivolidades de un Werther, por las tenues desesperaciones de una lejanía deseada, y el producto de esta liberación iba a parar a las mesillas de las bellas sentimentales marchitas y a la cabecera de los futuros suicidas, como nana fúnebre, pero recamada con todos los contrapuntos de la bien nacida literatura.

Yo, por el contrario, me desahogo, y entiendo el desahogo con los más plebeyos y estomacosos sinónimos: entiendo por tal el esputo que sube del fondo de mi garganta inflamada y que vuela como por encanto en infinita salpicadura sobre todos los rostros que yo

sería capaz de abofetear; entiendo en vomitar la bilis que me ha destilado de la sangre el espectáculo de nuestra vida; entiendo el fluir del pus de las llagas o los bubones de mi inmoral personalidad, expuesta al contagio de los más populosos lazaretos; entiendo el eructo improvisado y tonante, que nace de lo profundo, como el desprecio. ¡No, señores! Nada delicado ni fácil saldrá de mi pluma al correr sobre el papel.

Quisiera que, en vez de la lívida tinta que sale de sus cuadradas puntas de acero, fluyese sangre oscura y humeante, como la que gotea del pecho del héroe de una reyerta nocturna; quisiera que el hierro horadase y devorase el papel por donde pasa, como si fuese ardiente, y que de los surcos achicharrados subiese a la abierta nariz del lector acre humo benéfico.

Yo no soy de esos, respetable público, que escriben con el aire compungido y afanoso de servidores que alargan el abrigo y la piel. Los hay que se ponen ante el imaginario lector como un falso napolitano se apoya en la pared con la guitarra colgada del pecho y la boca patéticamente abierta, bajo las ventanas de los hospedajes de los invernantes generosos; otros, por el contrario, se tienden a sus pies, semejantes a cabelludas Magdalenas que sacan de la ampolla bálsamos y ungüentos para todas las escorias y callos del alma; otros me parecen monaguillos con sobrepelliz, que los domingos balancean los incensarios de latón entre los *berci* de la misa cantada.

Yo soy de otra casta. No he nacido al aliento pacífico de un buey y de un borrico, y los tímidos pastores no vinieron a rendirme homenaje el primer día de mi vida. He nacido revolucionario, y no estoy ni siquiera seguro de no haber entonado, al salir de la sangrienta puerta materna, en vez de los vulgares chillidos de sorpresa, un motivo de alguna modesta *Marseleses*. Cualquiera que sea el gobierno del mundo, esta-

ré siempre en la oposición. La expresión natural de mi espíritu es la protesta; la actitud espontánea de mi cuerpo es la del asalto a la bayoneta; mi figura preferida es la invectiva y el insulto. Todo canto de amor se trueca en mis labios en *ritornelo* de rebelión; trunco de pronto las más cordiales efusiones con una carcajada, un guiño, una salida airosa. ¡Oh, si cada una de mis palabras fuese una bala de carabina sibilante en la libertad del aire; cada una de mis frases, un chorro de fuego; cada capítulo, una barricada bien defendida; cada libro, un bloque de pesado cascote, capaz de abrir las peludas calaveras de un pueblo!

Hay palabras blancas, frágiles y olorosas como jazmines; las hay de esas dulzonas y pegajosas, como el azúcar roja de los caramelos de los niños pobres; hay otras blandas, tibias y viciosas, como las carnes de las amantes de cuarenta años; las hay luego de tal manera paradisíacas, álveas y extrañas, que únicamente las plumas de ganso de los viejos santos en ayuno las pudieron prender en el papel como trémulas mariposas hechas de polvorientos reflejos; las hay, en fin, de esas de tal manera públicas e insípidas que la prosa compuesta con ellas se deshace entre los dedos como miga de pan duro.

Pero las palabras que escojo y prefiero no son esas; las mías tienen que ser duras como la piedra fuerte; escabrosas, áridas, desagradables, como los pedruscos que se despeñan de las cimas y saltan de las excavaciones de las minas; han de estar pagana, espontánea y obscenamente desnudas, como salieron de las bocas vinosas de la plebe creadora. Y con estas palabras toscas y nativas quiero hacerme una prosa cuadrada, compacta, unida, santa y robusta, que avergüence a los perfumistas y a los libertos de las más literarias literaturas. Y cuando me haya vaciado de la saliva, de la hiel, del pus y de la mala sangre entonces también se-

ré suave como los lirios del valle, y por la mañana escucharé con arrobamiento el pío pío de los pajarillos saltarines sobre las tejas, y me conmoveré con el bamboleo de las campanas en los campanarios bajos y desencalados de las iglesias olvidadas, e iré por los paseos de los jardines de las afueras con la cabeza baja para no pisar una gruesa hormiga. Entonces oiréis subir de mi pecho liberado un canto tan suspiroso de voluptuosidad, talmente henchido de ternura, tan blando de lloroso amor, que ninguno de vosotros podrá oirlo sin recordar el instante más luminoso y apasionado de su juventud, sin retorcerse en espasmos, por la harto agotadora dulzura.

XLIX

NO HE FRACASADO

¿Conque se anda diciendo por Italia que soy hombre exhausto, acabado, *fracasado*? ¿Es verdad que se dice que fui un fuego de paja y que el viento de primavera se ha llevado hasta el último velo de ceniza?

¡Poco a poco, muchachos! Esperad un poco, por favor. ¡Nada de *fracasado*! ¡Pero si no he empezado aún! Tenéis que ver que todo lo que hice — ¡cuánto! — era un prefacio, un proemio, un índice anticipado, un anuncio, una proclama, si queréis, un rebasamiento de mosto y de espuma, como para poder madurar mejor dentro. Lo mejor viene ahora: hoy es cuando nazco.

El fuego de paja era fuego de alegría, era un fuego artificial, rueda infantil, cosa de risa, para divertirse; pero ahora siento prender un incendio que no se podrá apagar.

No sé qué queréis hacer con el hoyo que habéis cavado para mí (tal vez esconderéis tarde o temprano en él los fetos de vuestros abortos), pero os aconsejo que tiréis al cesto los epígrafes. No hay losa de mármol que me haga doblar la cabeza; vuestras condenas a muerte me infunden un brío, unas ganas de reír, de moverme, de hacer, como no sentía de tiempo atrás.

No; sabedlo para otra vez: no está bien confundir el silencio con la muerte, el recogimiento con el fin y

la preparación con el suicidio. Tengo treinta años, pero todavía el pelo rubio y rizado; aun tengo bastantes dientes; tengo manos tenaces y pierna ligera. Sigo sintiendo la sangre golpeando a martillazos en el pulso y en las sienes; tengo aún cierta ebullición de ideas en la cabeza; el pensamiento no me ha abandonado; antes bien, se ha hecho más claro y resuelto. Tengo todavía algo que decir y tiempo por delante, y en mi casa hay siempre papel blanco en abundancia, papel liso, blanco, cortado, donde la pluma corre con facilidad y rapidez, y tengo todavía plumillas de acero y botellas de tinta llenas, sin abrir aún. No me falta nada; mi hora no ha llegado; no era aquélla, pero acaso esté por sonar. No me rindo ni me retiro. Aquí estoy siempre, yo en persona, dispuesto a responder a todos de todo.

¡Tengo tantas cosas que decir! No tenéis idea de la cantidad de impresiones y descubrimientos que tengo que comunicar a los demás antes de mi muerte. No puedo condenar y suprimir toda esta parte de mí, que es la mejor, que es la única que justifica todas las demás. Tengo compromisos conmigo mismo, con los hombres, con el espíritu. Sé que represento en mi país, en el mundo, una corriente de ideas, no bien vistas aún, que no está difundida y comprendida; sé que personifico la hostilidad y la enemistad contra modos de pensar y de escribir que son vergonzosos, perniciosos, imbéciles. ¿Y había de estar quieto y callado y retirarme a la celda del contemplador taciturno o a la habitación caldeada del hombre acomodado, que deja correr el mundo con tal que a él no le falte la cena?

¡Antes morir que un fin semejante! Yo tengo que decir lo que tengo en el cuerpo; mi deber es hacer de modo que los demás no vuelvan a decir ciertas cosas, que no las piensen y no las escriban de ese modo. No me importa que todo ello sea inútil; no me importa sinceramente, no me importa nada. Me siento bastan-

te fuerte para ejercitar mi fuerza en hacer de Tántalo, y lo bastante rico para tirar lo mejor por la ventana. No sólo no estoy acabado, sino que soy inagotable; mi llama es como la que devora a los soberbios en el infierno católico: inextinguible. Y me parece que mi juventud tiene que ser eterna, como la de los dioses de la Grecia.

Me parece, digo, pero no lo creo. Llegará también para mí el día en que las escamas de oro de las cosas caerán como las fajas de lino pintadas que envuelven a las momias pulverizadas; llegará el día en que el sol me parecerá únicamente una luz más en el cielo sofocante, y el retorno de la primavera será simplemente una página nueva del almanaque, y las flores destilarán en vano de la sucia tierra los más dulces colores para alcanzar el cielo, y los ruseñores de las noches cálidas no serán más que uno de tantos rumores de la noche; y cuando el sol descienda hacia el río, no subiré por las escaleras de las colinas a saludarlo con los ojos y con el silencio. Mujeres rubias, tiernas, solícitas, bien perfumadas, pasarán a mi lado y no sacudirá mis carnes el deseo; no están hechas para mí; ya no pienso en que me amen. Toda mi vida se disolverá como una languidez de indiferencia, en una niebla de memorias grises y casi iguales, sin el relámpago de un deseo ni el rayo de una acción. Así será de mí — como de todos.

Pero antes de llegar a este fin quiero llenar de aliento todas las trompas del universo y ejecutar todos los mandatos, cumplir todas mis venganzas y dejar escritas y grabadas mis palabras y mis voluntades. Apenas si he principiado. El niño nace a los nueve meses, pero el hombre comienza a los treinta años. La flor ha florecido, pero el fruto ha de madurar antes de pudrirse.

L

### A LA NUEVA GENERACION

Después de los treinta años se ve verdaderamente lo que se vale, porque salen los más jóvenes. Hasta los treinta años se batalla con los viejos y la empresa es más cómoda. Somos jueces y verdugos en nombre de la fuerza impetuosa de la inmadurez, que quiere a su vez un poco de sol para florecer. Los enemigos han llegado, son célebres, están cansados y esconden bajo el amargo silencio y la agria sonrisa la vil serenidad del rellamamiento. Están *sentados* y no quieren levantarse. Esperan, nos toleran, y si de veras tienen miedo, nos ponen buenos ojos, pero nos preparan la yesca de la cordialidad.

Mas cuando llegan los otros, los nuevos, los frescos, los primeros pósteres, los muchachos que tenían diez años e iban a la escuela cuando nosotros teníamos veinte y se dispersaban a los primeros golpes, entonces empieza el día de la prueba y del peso. Estos jóvenes se han nutrido también de nosotros, se nos han echado encima, nos han seguido durante un buen trecho de camino; pero ahora es el momento de la muda y de la mayor edad. Sienten la necesidad de rebelarse contra los más próximos y están preparándose a asaltarnos, como nosotros asaltamos a nuestros mayores. Aunque no nos asalten en público, nos juzgan en pri-

vado — somos ya para ellos materia de historia y de evaluación. — Se sienten superiores a nosotros, están seguros de habernos superado y de podernos sobrepujar con el primer salto que den. No hay ya con ellos la amorosa confianza que nos ligó a los coetáneos y nos animó en la competencia misma, haciéndonos comprender en ocasiones las flaquezas y faltas de nuestra obra. Estos recién llegados no quieren saber nada: son de otro tiempo, han atravesado otros climas, otras averciones. Se adelantan fríamente en nombre de los dogmas del día, consignados en fórmulas de fácil circulación; son crueles como niños e indelicados como saqueadores. Son de otra raza, hablan otra lengua. Podemos estar juntos, trabajar al lado, hablarnos y sonreírnos, pero no nos entendemos. Siento que no hay buena sangre entre nosotros y ellos. Siento que pende sobre nuestras cabezas su sentencia despreciativa, su desdeñosa condena.

Pero ved: yo no quiero hacer el muerto y el hombre superior, como hicieron con nosotros tantos de nuestros viejos. No quiero fingir que los ignoro, no quiero esconder la cabeza bajo las pilas de los libros o envolverme en la toga cesárea del asesinado contento. De ninguna manera. Yo soy yo y ellos son ellos. Haremos cuentas. No tengo miedo a los nuevos, como no tuve miedo de los antiguos. Estoy dispuesto a sacar a la plaza todas mis cartas y a defenderme con los dientes y con las uñas, con las palabras y con las ideas, como un salvaje y como un civilizado. No me echo atrás. No me doy por vencido. Ya lo he dicho: no soy fracasado. El título de este libro está equivocado; poco importa. Aquí hay un hombre que está dispuesto a vender caro su pellejo y que quiere acabar lo más tarde que sea posible.

Yo no desprecio a los jóvenes y no los odio. He hecho por algunos de ellos cuanto he podido. No los

rechazado. Los he tratado mal cuando he creído que eran dignos de escuchar la verdad de un hombre. Los he esperado, los he deseado; los he esperado en el umbral de los veinte y de los veinticinco años para ver qué es lo que podían hacer, qué tenían en el cuerpo. Hubiéralos querido más violentos, más personales, menos serios y menos fonógrafos. Pero no importa; tal como son los respeto y los estimo. Si hacen cosas mediocres o escriben estupideces no las condeno; es menester hacer muchas cosas malas para llegar a hacer alguna pasable. No se llega a los veinte años con la obra maestra en el cajón de la mesa. Espero que la harán, y entonces pasarán por encima de mí sin remordimiento.

Pero no quiero tampoco humillarme ante ellos. No quiero desaparecer sin haber resistido hasta el último aliento. Si hay entre ellos alguien que crea poderme abofetear y pisotear antes de tiempo, sin derecho, se encontrará ante un armado vivo, y no ante un cadáver. Para destruir es menester hacer también, y para vencer, sangrar de las heridas.

¡Adelante, muchachos! Estos treinta años míos de vida, estos veinte años de vida cerebral, estos diez años de literatura podía tal vez haberlos empleado mejor. Pero algo he hecho, sin embargo. He tomado parte en movimientos de ideas y los he iniciado; he fundado revistas, he publicado una media docena de libros, he sembrado ideas — sean locas, estúpidas o profundas — a diestro y siniestro, tengo mi pasado — y tendré a toda costa un porvenir.

¿Y vosotros? ¿Qué habéis hecho, qué hacéis? Veamos: artículos, recensiones, críticas — críticas, artículos y recensiones. — Tenéis ingenio, a buen seguro, y cultura; pero por ahora, si no yerro, estáis agarrados a lo ajeno, vivís a la sombra de quien hizo algo, os hacéis grandes poniéndoos bajo los tacones los volúme-

nes de los demás. Hay entre vosotros quien ha hecho arte y lo hará; muy bien. El juzgar es difícil, pero el hacer es más difícil aún. Veremos.

Entre tanto, yo no quiero que se me liquide en un dos por tres. No quiero que se me pisotee sin protesta. Y para vosotros, especialmente para vosotros, sobre todo para vosotros, he escrito esta historia dramática de mi cerebro.

Héteme aquí: me he abierto y desgarrado; he puesto al desnudo vísceras y nervios, como en tantas mesas de anatomía. Si queréis, podéis trabar conocimiento con mi más verdadero yo y salvaros de los juicios precipitados. Aquí no está mi biografía, pero sí el curso exacto de mis acontecimientos interiores. Todo el resto de mi obra encuentra aquí su explicación y su clave. No es ésta una obra de arte; es una confesión a mí mismo y a los demás. Aquí aprenderéis a conocer al misántropo sentimental e injuriador, que se ha hecho, a Dios gracias, antipático a toda gente. Pongo en vuestras manos mi espíritu, os presento documentos y defensas. Sobre esto y con esto quiero ser juzgado. Yo seguiré haciendo, trabajando, con vosotros, a vuestro lado; pero se ha cerrado un período de mi vida y quiero que se tenga en cuenta este desordenado desahogo en cincuenta capítulos.

Me presento a vuestros fríos ojos con todos mis dolores, mis esperanzas y mis flaquezas. No pido piedad ni indulgencia, alabanzas ni consuelos, sino sólo tres o cuatro horas de vuestra vida. Y si después de haberme escuchado seguís creyendo, a pesar de mis propósitos, que soy de veras hombre fracasado, tendréis que confesar al menos que he fracasado porque quise comenzar demasiadas cosas, y que no soy nada porque lo quise ser todo.

FIN